

La paradoja del votante exhausto: ¿hacia dónde va la fuga del descontento?

Entre un Ejecutivo desgastado por la inexperiencia y un Congreso atrapado en la trinchera electoral, el electorado chileno evalúa salirse del tablero tradicional. Pero el remedio no está afuera de los partidos, sino en exigirles que vuelvan a serlo.

POR ARTURO STORAKER MOLINA

Presidente Regional UDI Magallanes | Ex Intendente Regional

El electorado chileno parece atrapado en un bucle de desilusión acelerada. En menos de una década el péndulo ha dado oscilaciones inéditas: de la catarsis del estallido social al auge de la Lista del Pueblo y una convención refundacional que fracasó; de ahí, la ciudadanía buscó refugio en el extremo opuesto y le entregó el sillón presidencial a la derecha. Sin embargo, la brecha entre la expectativa y la realidad cotidiana vuelve a cobrar una costosa factura.

Hoy las encuestas muestran un desplome paulatino pero sostenido en el respaldo al gobierno. La caída se encendió con el impacto en el bolsillo familiar —el denominado bencinazo—, sumado a la persistencia del desempleo y la lentitud para responder al avance de la delincuencia. Los diagnósticos abundan: la derecha oficialista invoca falta de tiempo y errores de novatada; la izquierda, aturdida por sus propios desaciertos, sigue buscando rumbo en torno al liderazgo de la expresidenta Bachelet.

“Un Congreso que cuida el voto seguro para la próxima elección hace imposible la gobernabilidad.”

EL CONGRESO: LA TRINCHERA DEL VOTO A VOTO

A ese panorama se suma el verdadero motor del bloqueo: un Congreso hiperfragmentado, sin grandes mayorías ni voluntad de acuerdos, donde las leyes cruciales se ganan o se pierden por un solo voto. El resultado es un Parlamento que ya no legisla mirando las urgencias del país, sino el cálculo electoral inmediato. Se ve incluso a parlamentarios bloqueando iniciativas que ellos mismos impulsaron, por defender su pequeño nicho de votantes por sobre el bienestar general. Así las reformas se congelan y la frustración crece.

LA CARRERA CONTRA EL TIEMPO Y EL MITO DE LA ALTERNANCIA

El votante expectante no tiene paciencia infinita. La duda crítica es si el Ejecutivo logrará adelantarse a la marea para corregir el rumbo o será arrastrado por la misma ola que devoró a administraciones anteriores. La oposición tradicional siente la tentación de esperar que el malestar se profundice para capitalizarlo; pero en la historia reciente de Chile, lo “obvio” rara vez se cumple. Creer que el desencanto con la derecha devolverá automáticamente el poder a la izquierda —o viceversa— es una lectura miope: el agotamiento no es con una coalición, sino con la incapacidad del sistema político para ofrecer resultados tangibles.

ESCENARIOS DE FUGA DEL MALESTAR

- 1. Radicalización del discurso:** liderazgos de línea dura (estilo Johannes Kaiser o análogos) que cuestionen el gradualismo y la moderación de la política tradicional.
- 2. Emergencia populista anti-élite:** un outsider que prescinda de las orgánicas partidarias y canalice el descontento bajo una consigna de impugnación general.

¿HACIA UN NUEVO AFUERA? LA CRISIS DE LOS PARTIDOS Y LA TENTACIÓN DE PRESCINDIR DE ELLOS

Si el votante ya le dio una oportunidad a la izquierda radical, a la socialdemocracia y a la derecha republicana y oficialista, el paso siguiente podría ser el rechazo total al eje tradicional. Los números lo anticipan: en la encuesta CEP de abril-mayo de 2026, los partidos obtuvieron apenas un 6% de confianza institucional y el Congreso, un 13%; antes, la confianza en los partidos había tocado un mínimo de 2%. Es una crisis de prestigio real, y negarla

sería tan ciego como ignorar el cansancio ciudadano.

Pero conviene no confundir el síntoma con la cura. Como ha recordado Lucía Santa Cruz, la teoría y la experiencia empírica muestran que los partidos siguen siendo la forma más idónea de organizar una democracia liberal representativa. La palabra misma lo dice: “partido” viene de *pars*, una parte de un todo. Durante siglos, la política las miró como “facciones”, casi una enfermedad de la república, bajo la premisa de una verdad única que debía imponerse desde el poder central. Aceptar el pluralismo fue aceptar que existen visiones divergentes legítimas, y que quienes comparten una idea del bien común pueden asociarse para competir por el poder. Un partido es legítimo cuando entiende que forma parte de un todo plural y que la discrepancia no destruye la unidad del cuerpo político.

Esa lección tiene un espejo incómodo. Santa Cruz recuerda que, en la primera mitad del siglo XX, ciertos movimientos de la derecha chilena consideraron la democracia de partidos intelectualmente vilipendiada y propusieron reemplazarla por organizaciones corporativistas. Hoy el antipartidismo vuelve con otro ropaje —el outsider, el caudillo de redes, la consigna contra “la casta”—, pero con la misma promesa de atajo. Y la historia sugiere que ese atajo rara vez desemboca en mejor representación.

LA PARADOJA, Y LA SALIDA

Aquí está la paradoja del votante exhausto: castiga a los partidos por su desempeño, pero la única alternativa a ellos que se le ofrece es la que menos canaliza sus demandas. Edmund Burke (filósofo y político británico), en 1770, definió a los partidos como cuerpos de hombres unidos para promover el interés nacional sobre un principio compartido. Esa es la vara con que hay que medirlos hoy. Un Congreso donde cada cual defiende su nicho no cumple esa definición; es la fragmentación disfrazada de representación. La crisis de los partidos no se resuelve prescindiendo de ellos, sino exigiéndoles lo que justifica su existencia: agregar demandas, construir mayorías y rendir cuentas.

Las encuestas semanales ofrecen un diagnóstico difuso e instantáneo; la única certeza es que las élites se están quedando sin margen de error. Si el Ejecutivo no corrige el rumbo y el Congreso no sale de la trinchera para dar respuestas concretas en seguridad, economía del hogar y empleo, la ciudadanía buscará una salida por fuera del tablero. Reconstruir la confianza es un tercer escenario, el más exigente: partidos que gobiernan, acuerdan y cumplen. De ellos depende que el votante exhausto no deje de creer en la política.

Unión Demócrata Independiente (UDI) — Región de Magallanes y de la Antártica Chilena